

Xubiri, la soledad sonora

COROMINAS, Jordi. VICENS, Joan Albert. Taurus, Madrid, 2005.

por Alberto del Campo

Introducción

Jordi Corominas y Joan Albert Vicens, dos jóvenes filósofos catalanes, han llevado a cabo un trabajo verdaderamente colosal, sumergiéndose en los archivos de más difícil acceso donde han quedado guardadas las huellas de esa interesantísima vida.

Los autores han tenido el acierto de situar la trayectoria de Zubiri en el contexto familiar, social, científico, político y religioso de su época, construyendo de esta manera una biografía apasionante del eminente pensador vasco.

Dentro del breve espacio que se suele dedicar a estas notas bibliográficas me veo forzado a elegir unos pocos temas entre la multitud de los asuntos de que nos habla esta insuperable biografía.

Sus relaciones con sus dos grandes amigos de la juventud, su sorprendente casamiento con Carmen Castro, -hija del famoso historiador Américo Castro-, sus vínculos con los grandes creadores de la ciencia física del siglo XX son sólo algunos de los pocos temas que me atreveré a abordar en esta ocasión.

Su situación religiosa

Yo tuve el honor de conocer a Xavier Zubiri a mediados del siglo pasado, cuando hacía muy pocos años que se había instalado nuevamente en Madrid y su vida recuperaba su ritmo normal junto a su esposa Carmen. Atrás quedaban definitivamente la gravísima tragedia de la Guerra Civil y los complejos y difíciles problemas de su situación religiosa. Eran temas que habían quedado como superados y silenciados en las conversaciones privadas; sus amigos no tocaban en absoluto aquellas viejas y delicadas historias. Por ello me sorprendió grandemente cuando en la primera larga conversación que mantuve con él en su casa, surgió incomprensiblemente este difícil asunto. Recuerdo perfectamente aquel momento del diálogo. Yo le dije directamente “Porque Vd. es sacerdote ¿verdad?”. “Si” me respondió lacónicamente. Entonces yo le añadí de inmediato: “Me han dicho que para poder casarse le trasladaron a Vd. al clero oriental en el que los sacerdotes pueden casarse”.

Zubiri sonrió suavemente y me respondió: “Es el último disparate

que me quedaba por oír”. Y entonces me explicó que en el clero oriental, cuando los muchachos terminan sus estudios eclesiásticos se les dice: “Piensen bien ahora si quieren casarse o no porque una vez ordenados ya no podrán hacerlo. Es decir en ese momento existe la posibilidad de ordenar a un hombre casado, pero no a la inversa, no se puede casar a un sacerdote”. En aquella época yo había leído en los periódicos madrileños que en Alemania un pastor protestante se había convertido al catolicismo permitiéndole la Iglesia que continuara casado con su mujer. Era exactamente lo que me había explicado Zubiri: la Iglesia permitía la ordenación de un hombre casado, pero nunca el casamiento de un hombre ordenado.

Aquella tarde me explicaba Xavier que en las primeras épocas del cristianismo se les decía a los sacerdotes “Sed hombres de una sola mujer”. Esto significaba que el celibato de los sacerdotes no tiene carácter dogmático sino que es simplemente una orden administrativa de la Iglesia. “Si el Papa quisiera casarse –me decía Zubiri- podría hacerlo sin el menor inconveniente, porque el celibato no es una prescripción dogmática. El Papa no se casará, por supuesto, pero podría hacerlo normalmente”.

En las fechas en que yo le conocí, sólo se hablaba muy ocasionalmente

de estos grandes temas. De todo ello yo sabía muy poco. Por eso me he interesado muy vivamente todo lo que cuentan Jordi Corominas y Joan Albert Vicens en su notable biografía. Estos inteligentes investigadores han penetrado a fondo en la vida de Xavier Zubiri, en los años de su adolescencia, en su crisis religiosa de la cual yo prácticamente no sabía nada, en su matrimonio con Carmen, en los innumerables problemas sociales y religiosos que le trajeron estos amores y de muchos otros temas íntimos que se le presentaron.

Sus viejos amigos

Conocía yo la gran amistad y el sincero aprecio que sentía Xavier por José Bergamín y Eugenio Imaz, pero no tenía ni idea de la tan estrecha amistad que les unía. A pesar del distanciamiento que produjo entre ellos la guerra española, aquella amistad de la juventud no se quebró jamás y pudo sobrevivir a pesar de las enormes dificultades que se interpusieron entre ellos.

A José Bergamín yo le había conocido recién llegado a Montevideo en una cena que le organizó mi viejo amigo Manuel Flores Mora, pero desde entonces no había vuelto a verle. Muchos años más tarde volví a encontrarle en casa

de Xavier que solía invitarle a cenar conmigo.

A pesar que la guerra española no quebró nunca esta amistad de juventud, la sombra negra de la política la perturbó hasta el último momento. Pocos meses antes de la muerte de Xavier Zubiri, José Bergamín falleció y lo enterraron en Fuenterrabía justo en la ciudad en que Xavier estaba veraneando.

Al regreso de sus vacaciones Xavier me contó que no quiso asistir al entierro de su viejo amigo y me explicó sus motivos. En los últimos años de su vida Bergamín se había adherido a Herri Batasuna, el brazo político de la organización revolucionaria Eta y quería ser enterrado en un féretro envuelto en la ikurriña, la bandera de los independentistas vascos.

Xavier temió que un entierro tan politizado provocase la intervención de la policía y en tal caso nadie sabía lo que pudiera ocurrir. “A mi edad, me decía, no estoy en condiciones de que me lleven preso”, y obviamente tenía razón.

La guerra española produjo asimismo el alejamiento del otro gran amigo de su juventud, Eugenio Imaz, quien se refugió finalmente en México. La distancia sin embargo tampoco pudo romper esta viejísima amistad. Recuerdo aún muy nítidamente que cuando llegó a Madrid la noticia del suicidio de E. Imaz, a Xavier lo impresionó muy

vivamente “Fue un acto demencial, verdaderamente demencial”, me repetía muy consternado.

El día que le concedieron a Xavier Zubiri junto a Severo Ochoa el Premio Nacional de Investigación, Víctor Imaz se acercó a Xavier para felicitarle. El rey Juan Carlos que observaba la escena –nos cuentan Jordi Corominas y Joan Albert Vicens- le dice a Víctor a quien conocía como piloto del avión de sus viajes oficiales. “¿Y tu que haces aquí?”. “Es el hijo de mi mejor amigo le explica Xavier Zubiri abrazándose al muchacho y echándose a llorar a lágrima viva, dando salida a una amargura que le había roído durante décadas. Después de tantísimos años no había muerto ni el afecto que siempre sintió por Eugenio ni el profundísimo culto que siempre tuvo por la amistad.

En este breve comentario a esta monumental obra de los dos jóvenes filósofos catalanes quiero dedicar ahora alguna atención a la importantísima vinculación que tuvo Zubiri con los grandes físicos y filósofos de su época.

X. Zubiri y la ciencia física

Quisiera referirme en primer término a la curiosísima forma como X. Zubiri conoció a Einstein, anécdota narrada exactamente por

los dos jóvenes catalanes, pero que yo prefiero contarla naturalmente, tal como me la relató el propio Zubiri. Xavier Zubiri se encontraba viviendo en aquellos años en la residencia de la Academia de Ciencias de Prusia, en Berlín, cuando de pronto vió entrar en ella al propio Einstein. “¿Qué le trae por aquí, Profesor?” preguntó curioso Xavier Zubiri. Y entonces Einstein le explicó: “Dada la situación económica por la que atraviesa actualmente la nación, el gobierno alemán suspendió el pago de los sueldos a todos sus funcionarios y entonces decidí venir aquí, a ver si alguien me invita a comer”. “Pues quédese Vd. a comer conmigo” le contestó de inmediato Zubiri y de esta manera nació entre ellos una larga amistad. En aquel momento yo recordé una frase de Ortega y Gasset en la cual decía que el hombre de ciencia es el nuevo paria social del siglo XX.

Jordi Corominas y Joan Albert Vicens cuentan asimismo otra notable anécdota que yo desconocía absolutamente, pero que me complace repetir en esta ocasión. Relatan estos jóvenes autores catalanes que Zubiri asistió junto a su inseparable amigo Eugenio Imaz a una conferencia que Einstein pronunció en Berlín para explicar sus nuevas y revolucionarias teorías físicas. Según se relata en la obra que ahora comentamos en un momento

de la conferencia Einstein abandonó una multitud de papeles entre los que se debatía “Y con la torpeza de movimientos que le caracterizaba se acercó a la pizarra, escribió una fórmula matemática y luego se volvió a su auditorio y mirando por encima de sus pequeñas gafas dijo: Excepto el profesor Zubiri, nadie de Vds. sabrá probablemente lo que he escrito” (Pág.238). Esta pequeña historia revela muy elocuentemente la alta opinión que Einstein tenía de la preparación científica del profesor español.

Zubiri no era sólo un extraordinario sabio, sino que además solía explicar sus ideas con notable claridad. Recuerdo muy nítidamente que en una cena a la que me invitó a su casa junto a mi esposa, nos decía que la relatividad a la que se refiere Einstein no tiene nada que ver con lo que suele entender el gran público. “Cuando Einstein se refiere a la relatividad está hablando pura y simplemente a la posición de los móviles. Si yo estoy en la tierra veo girar la luna en torno a nuestro planeta, en cambio si estuviera en la luna vería girar a la tierra alrededor de la luna. Eso y sólo eso es la relatividad a la que se refiere Einstein”.

Lamentablemente Corominas y Vicens no nos cuentan el desagradable episodio que tuvo lugar entre Einstein y Ortega y Gasset y que éste jamás le perdonó.

A mí me lo contó José Bergamín aunque su versión no coincide exactamente con la que nos cuenta Ortega y Gasset en sus Obras Completas (Vol. V). Al parecer, nos dice el propio Ortega ante una opinión científica suya Einstein, puso la expresión de quien escucha una “gigantesca estupidez”. Lamentablemente perdí la oportunidad de conocer fielmente lo que ocurrió en aquella ocasión porque Xavier me preguntó en algún momento si sabía lo que le había ocurrido a Ortega con Einstein y yo recordando lo que me había contado Bergamín, le contesté que sí, con lo cual Zubiri renunció a darme su versión de los hechos que seguramente hubiera sido interesantísima. Esta curiosa anécdota, que pone bien a las claras el abismo existente entre la preparación científica de Xavier y de Ortega fue asimismo confirmada por otra pequeña historia personal que tuvo lugar en casa de Zubiri. “Una noche de 1954 –nos cuentan Corominas y Vincens- después de la cena mientras se preparaba la mesa para tomar el café, Don José se levanta y se dirige al despachillo donde están los libros de matemáticas, de física, biología y genética. Va sacando los libros de los estantes y los halla uno a otro repletos de subrayados y anotaciones de Zubiri”. Ortega se da cuenta de las horas y horas de estudio que han

dejado sus huellas en esos libros y exclama “Tengo una admiración que linda en el asombro”. Este capítulo sobre las relaciones de Xavier con los científicos europeos no puede cerrarse sin mencionar la estrecha amistad que mantuvo con los Premios Nobel franceses F. Joliot y Louis de Broglie.

Según me contaba Xavier –y a esto también se refieren Jordi Corominas y Joan A. Vincens- él solía concurrir al laboratorio de de F. Joliot e Irene Curie que era el punto de reunión de lo más granado de la ciencia física francesa.

En alguna ocasión Joliot le contó a Xavier que había abandonado sus experimentos sobre la desintegración del átomo, y Xavier le preguntó un tanto asombrado porqué había tomado tal decisión. Joliot le contestó inmediatamente: “Porque temía que París entero saltara en pedazos”. Parece claro pues que ya en la década de los treinta las naciones científicamente más avanzadas de Europa ya estaban transitando el camino que pocos años más tarde llevaría a la construcción de la primera bomba atómica.

Me contaba hace años Zubiri, que los grandes creadores de la física atómica del siglo pasado no poseían suficiente cultura filosófica “salvo –me añadía- Louis de Broglie; de Broglie era sin duda, otra cosa”.

Ahora en la gran obra de Corominas y Vincens he podido confirmar a qué se refería Zubiri. Dicen estos dos autores que “frecuentemente en sus lecciones de Broglie hacía incursiones filosóficas e insistía que el progreso científico se había visto continuamente frenado por la influencia tiránica de teorías filosóficas como el determinismo, que se acababan considerando como dogmas”, (Pág. 391).

Podríamos hablar de otros grandes amigos de Zubiri como los eminentes físicos Werner Heisenberg, Schrödinger y Sommerfeld, pero no podemos finalizar esta nota sin referirnos a los estudios filológicos de Zubiri en Roma y París.

Filología y Filosofía

Hallándose en Roma, y esto es una anécdota que cuentan tanto los dos autores catalanes como Carmen Castro en el pequeño libro que escribió sobre la vida de su esposo, Zubiri tuvo la ocasión de conocer al P. Deimel un filólogo alemán especialista en sumerio, una lengua tan antigua como el chino. Xavier le rogó a Deimel que le enseñara aquella lengua difícilísima a lo que el sabio alemán accedió no sin antes someterle a una prueba de memoria complejísima.

Habiéndose trasladado a París, Xavier continuó sus estudios sobre estas viejísimas lenguas del Próximo Oriente, tales como el iranio, la gramática asirio-babilónica y otros idiomas tan antiguos como difíciles. A Xavier le interesaban especialmente aquellas viejas lenguas que carecían del verbo ser, porque ello tenía una importante relevancia para su filosofía.

Cuentan los jóvenes autores catalanes que en su viaje de regreso a España, el aduanero español, -uno de aquellos hombres que veían comunistas por todos lados- al revisar las maletas de Zubiri y encontrarse con alfabetos que desconocía totalmente, dijo “Esto debe ser ruso”, a lo que Xavier contestó inmediatamente “No señor, eso es arameo, el idioma que hablaba Nuestro Señor Jesucristo.

Para finalizar esta breve nota quisiera referirme ahora a la evolución filosófica que tuvo Xavier a mediados del siglo pasado y a este respecto me parece necesario recordar una fecha importante. Después de haber escuchado unos pocos cursos desde mi llegada a Madrid, un buen día le dije a Xavier que me agradaría mucho oírle hablar sobre los fundamentos últimos de su filosofía a lo cual me respondió: “Sí, tienes razón, pronto tendré que hablar de todo ello. Por esto mi sorpresa y alegría fue muy grande cuando en 1952 anunció su curso de

metafísica o, como el decía de filosofía primera.

Pienso que ese año fue especialmente importante para el desarrollo de su pensamiento, porque en ese momento comenzó a explicar públicamente sus nuevos conceptos metafísicos, dando comienzo de esta manera a una nueva y sorprendente etapa de su filosofía.

Recuerdo aún muy claramente que cuando comenzó a hablar de la “inteligencia sentiente” pensé que había escuchado mal, tal fue el asombro que me causó la mera enunciación de este nuevo concepto.

A partir de este momento quedaron atrás y definitivamente relegados, el concepto fundamental del Ser de clara raigambre heideggeriana y otros semejantes.

Continuó respetando a Heidegger como a un gran

pensador, pero se consideraba a sí mismo libre de cualquier influencia suya, fundamentalmente en la elaboración de los conceptos básicos de la filosofía.

Lo propio ocurrió con Ortega a quien comenzó a verle como algo muy lejano y de escaso interés al punto que abandonó totalmente su lectura. Para Xavier Zubiri el famoso perspectivismo orteguiano estaba claramente tomado de Husserl y no le concedía la más mínima relevancia en la descripción de la realidad sin molestarle siquiera en refutarle.

Hoy día que tenemos en nuestras manos la casi totalidad de las obras de Zubiri me agradecería muchísimo ver a los jóvenes filósofos españoles profundizando agudamente en sus conceptos fundamentales y haciendo que su figura brille como el metafísico quizás más importante del siglo XX. 🍷